

de Pedro en el nuevo testamento y en el estudio del ministerio del papa a lo largo de la historia. En el presente ensayo resume pues sus anteriores investigaciones sobre el primado petrino. El método empleado es predominantemente histórico, aunque Minnerath no duda en sacar las oportunas conclusiones teológicas tras este recorrido histórico-crítico.

Tras exponer la exégesis de Tertuliano de Mt 16,18-19, el estudio recuerda el modo de ejercicio del primado en el primer milenio y, de modo especial, en los tres primeros siglos, con Ireneo de Lyon y Cipriano de Cartago sobre todo (cfr. pp. 11-83). Más adelante el recorrido histórico aborda la «historia de la palabra», en sus referencias a la sede romana, pasando después por la Edad Media y afrontando las distintas crisis de este concepto (cfr. pp. 85-99). En fin, el autor se centra en los dos concilios vaticanos y explica la mutua complementariedad entre primado y episcopado, tal como han sido vistos y revisados en

los dos últimos siglos. Un apéndice con la *Pastor Aeternus* III y los nn. 22 y 23 de la Constitución *Lumen gentium* viene a completar este panorama.

El principio que constituye tanto la «piedra» sobre la que está edificada la Iglesia de Cristo (que en ocasiones ha sido piedra de escándalo) exige una revisión del modo de ejercicio del primado petrino (cfr. JUAN PABLO II, *Ut unum sint*, n. 95). Es curioso ver cómo la parábola realizada a lo largo de los siglos termina en las proximidades de sus orígenes. Lo que han dicho los últimos concilios coincide así bastante con la visión que tenían los Padres al respecto. La potestad «plena, suprema y universal» del sucesor de Pedro (LG 22) aparece con igual énfasis y disponibilidad en los primeros tiempos de la Iglesia. «La relación entre Pedro y los Doce, entre el papa y los obispos, se presenta como un modelo de equivalencia entre lo *uno* y el *todo*» (p. 179).

Pablo BLANCO

Antonio Ducay, *La prediletta di Dio. Sintesi di Mariologia*, Roma: Aracne, 2013, 236 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-5486-347-7.

Antonio Ducay es profesor de mariología en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz en Roma. Fruto de sus años de docencia es el presente manual de la asignatura, que se presenta como un instrumento para el uso de los alumnos. Esta decisión de dirigirlo preferentemente a estudiantes le obliga a emplear una extensión menor a la de otros textos existentes, como M. Ponce Cuéllar, C. Pozo y J. L. Bastero, y otros en lengua distinta a la castellana, que él mismo cita al explicar su postura. Posiblemente de este modo se facilita bastante el estudio de los alumnos, que no se encuentran con un texto que deben resumir para preparar las pruebas de evalua-

ción. Como a la vez se hace abundante referencia en las citas a publicaciones recientes en nada se perjudica el nivel académico que corresponde a una obra de este tipo. Además al final de cada capítulo se ofrece una selección bibliográfica, y al final del libro otra más extensa de obras recientes, mayoritariamente italianas. Así cualquiera puede por su cuenta ampliar lo que considere oportuno.

Antes de entrar en el contenido de los capítulos, hagamos mención de los principios inspiradores de este trabajo que se mencionan en la introducción. El autor expresa su convicción de que cualquier mariología que hoy quiera hacerse debe partir

de lo dicho en el texto mariano del último concilio, con la importante renovación que supuso para esta materia. A partir de aquí se busca una adecuada imagen bíblica de María, al ser la escritura el alma de la teología. De esta forma se consigue una mariología anclada en la fe, bien entendida conforme a la tradición de la Iglesia y la enseñanza del magisterio. Y en cuanto a la historia de los dogmas, invita a saber verlos en el marco del patrimonio cultural de cada época.

Después de estas páginas preliminares, el libro está dividido en ocho capítulos. Los dos primeros corresponden a los temas bíblicos. El primero aborda el Antiguo Testamento y lo hace siguiendo el enfoque de D. Bertetto que distingue tres modos de preparación de la figura de María. Estos modos son: el moral o espiritual, donde se reconoce a la Virgen como la sierva del Señor; el tipológico, con referencia a personas como Eva, Sara o Judit, o a objetos como el arca de la alianza o la tienda del encuentro; y el profético, donde por encima del tenor literal se busca el sentido pleno de un texto y se incluye el análisis de Gn 3,14-15, Is 7,14 y Mi 5,2. La razón de elegirlos es que estos textos están confirmados en su razón de preparación de María en el Antiguo Testamento al verse incluidos en el capítulo octavo de la *Lumen gentium*.

En el capítulo dedicado al Nuevo Testamento, se comienza con la epístola de san Pablo a los Gálatas, después se resuelven las posibles interpretaciones «antimarianas» del evangelio de san Marcos y, tras un repaso somero del contenido mariano del evangelio de la infancia de san Mateo, se entra de lleno en las grandes cuestiones que presenta san Lucas. Aquí, además de resaltar la utilidad de algunos cuadros sobre paralelismo y fuentes, es remarcable la presentación de la fe de María, destacada como la perfecta creyente, conforme a la teología lucana. De modo similar, en el

evangelio de san Juan se hace un desarrollo teológico apoyado en las escenas de las bodas de Caná y de la crucifixión del Señor, con el papel desempeñado en ambas por su madre. Al igual que en la lección anterior, se acude de nuevo al Vaticano II para señalar las menciones que hizo de María en el Nuevo Testamento, que ponen de manifiesto la participación en la historia de la salvación.

En el capítulo tercero se hace un repaso de la mariología de la época patrística, viendo el desarrollo de algunos temas. El punto central lo ocupa el concilio de Éfeso con su definición de la maternidad divina de María. Antes de Éfeso se apuntan los temas marianos del paralelismo de Eva y María; su maternidad, virginidad y santidad; y su relación con la Iglesia y su presencia en el culto. Después de ese concilio, todas las cuestiones antes tratadas se ponen en relación con la *Theotokos*.

Los cinco capítulos restantes corresponden a los cuatro dogmas marianos definidos más otro relativo a la mediación de la Virgen, procurando ofrecer una exposición detallada y clara de cada materia. Sobre la maternidad divina, el autor se preocupa de explicar bien qué significa esta expresión, para ello pone unas premisas cristológicas. Pasa luego a plantear la cuestión nestoriana, precisa la base en la Escritura y en la Tradición de esta verdad de fe y termina con la profundización teológica de este misterio, en relación con la Trinidad y la gracia y dignidad de María.

El tratamiento de la virginidad perpetua de María es muy completo y claro, con referencia a su sentido espiritual e integral. Sobre este tema, el autor hace frente a todas las objeciones históricas, incluidas las cuestiones sobre los «hermanos» y el «primogénito». También analiza el posible propósito de virginidad que haga entender el sentido de la pregunta al ángel y, sobre el sueño de José, entiende que él ya conocía la concepción milagrosa, pero quedaba

por resolver qué le tocaba hacer en este asunto. Termina esta materia de la virginidad mariana con las razones teológicas que expone el catecismo para su mayor comprensión.

Al abordar la Inmaculada Concepción, parte de una sucinta exposición sobre el pecado original, que resulta muy clarificadora para todo lo que viene después: la defensa del *sensus fidei* y la solución teológica que fue encontrando este tema, hasta reafirmar su presencia en el Credo del Pueblo de Dios de Pablo VI. En cuanto a la Asunción, se comienza con lo contenido en algunos relatos apócrifos y su temprana entrada en la liturgia y, en consecuencia, las homilias de los Padres, hasta llegar a su definición dogmática por Pío XII. Al final se incluye un apartado sobre la realeza de santa María.

El octavo y último capítulo se enfrenta con el complejo tema de la mediación mariana y lo hace con abundante uso de citas de la *Lumen gentium*, donde fácilmente se

aprecia que María fue asociada al misterio redentor de su Hijo, aunque de modo subordinado, y se ve especialmente en tres momentos: la anunciación, el calvario y pentecostés. Esta participación supone verla como receptora de la gracia (también como tipo de la Iglesia), madre de la gracia y corredentora (cooperadora en la redención objetiva), facilitando una plausible explicación a cómo pudo ser redimida y redimir con Cristo. Por supuesto, se hace referencia al problemático aspecto ecuménico de esta materia, como también había aparecido en algún punto anterior.

En definitiva, es una obra que responde al objetivo preciso de ser práctica para los estudiantes, al tiempo que combina el ser una buena síntesis de la materia mariológica y el ofrecer un elevado nivel teológico en su planteamiento y en su exposición. Esperemos poder contar pronto con una versión en castellano.

Román SOL